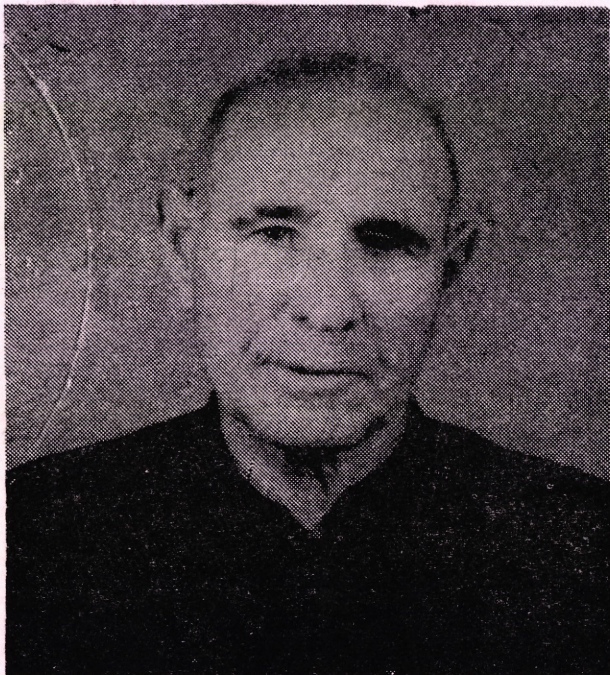


INSPECTORIA "S. FRANCISCO JAVIER"
Comunidad de la Casa Inspectorial
VIEYTES 150
8000 BAHIA BLANCA (Pcia. Bs. As.)



PADRE JOSE LUIS MENDEZ

Queridos Hermanos:

El Señor, infinitamente misericordioso, ha visitado esta casa destinada a albergar a los hermanos ancianos y enfermos y ha llevado a la Casa Paternal al querido Padre José Luis Méndez a la provecta edad de 93 años y cinco meses, con 71 años de meritoria labor salesiana y 61 de fecundo y ejemplar sacerdocio.

Muy acertadamente, el P. Marcelo Melani, miembro del Consejo Inspectorial, afirmó que el P. Luis Méndez había merecido la promesa del Señor para el "siervo bueno y fiel" por haberle ofrendado sus mejores años de religioso y de sacerdocio. Ha dejado las playas inciertas de esta breve vida transitoria para recabar en el puerto seguro de la felicidad indeficiente del cielo el 21 de julio pasado.

Su fibra robusta, demolida por los achaques, sufrió la inevitable merma física: una tenaz sordera, la disminución paulatina de la vista y una severa cuota de arterioesclerosis, factores que tuvieron incidencia en su sistema nervioso y en su carácter jovial, e hicieron crisis el 28 de junio con una embolia cerebral, que determinó su inmediata internación en un sanatorio local donde se le prodigaron todos los cuidados

posibles. El 18 de julio fue reintegrado a esta casa. Al día siguiente pudo comulgar por última vez. Con antelación le fueron administradas la Unción de los Enfermos y las bendiciones papal y de María Auxiliadora. Conservó relativa lucidez mental hasta pocas horas antes de fallecer. Sus despojos mortales, velados en la capilla interna de la casa, fueron conducidos por la noche al templo del Sagrado Corazón de Jesús, anexo al Colegio Don Bosco para las exequias previas a su sepelio.

La concelebración eucarística, presidida por el Padre Marcelo Melani, reunió en torno al altar a 25 sacerdotes, una representación de los alumnos secundarios del colegio y un grupo de fieles.

El Padre Melani pronunció la oración fúnebre. Destacó la labor sacerdotal del Padre Luis Méndez y su fidelidad a Dios y a la Congregación a través de su longeva existencia, centralizándola en este común denominador: "La fidelidad tiene un alma: el amor; y es, a su vez, la prueba concluyente del amor más auténtico, fuerza motriz que supera las luchas más arduas, suministra la fortaleza para ser fieles mensajeros de Cristo resucitado".

El "curriculum vitae" del Padre Luis Méndez es intenso cuanto larga fue su vida. Vio la luz de este mundo en Orense, España, ciudad recostada a la vera de las hermosas rías gallegas, el 30 de marzo de 1892 y recibió las aguas lustrales del santo bautismo el 4 de abril siguiente. Sus progenitores, Perfecto Luis y Josefa Méndez, a fuer de creyentes de profunda raigambre cristiana, le enseñaron desde los albores de su infancia el principio fundamental, esencia del cristianismo: el conocimiento y el amor de Dios por encima de las banalidades mundanas que encandilan a tantos seres humanos con sus falaces espejismos. De esta fuente señera nació su amor al prójimo, distintivo sobresaliente de toda su vida. En los años de su florida juventud conoció la Obra de Don Bosco. La estampa simpática del genial apóstol de la juventud pobre y abandonada lo seduce y atrapa y decide su vocación.

Inició su vida religiosa en el noviciado de Carabanchel Alto (Madrid) en 1913. Al año siguiente, el 28 de julio, emite los votos trienales; y concreta su profesión perpetua el 8 de agosto de 1920. Cursó magisterio y los estudios filosóficos y teológicos en Campello (Alicante). El 7 de Julio de 1924 arribó a la meta de sus aspiraciones: el sacerdocio en la ciudad condal (Barcelona) Pasados los efluvios de su "luna de miel" sacerdotal, la superioridad lo destinó a la casa de Villena en calidad de maestro y confesor. Allí permaneció 10 años (1925 - 1935), los últimos cinco como director; y mereció el beneplácito de la entera población villenanense por sus múltiples y acertadas actividades educativas y pastorales.

En 1936 desembarcó en el puerto de la capital argentina adonde, con antelación, se habían trasladado sus familiares. Nombrado para regentar el Colegio Salesiano de Río Gallegos (P. de Sta. Cruz) el extinto realizó una encomiable labor, tanto en las aulas como en la cura de almas. Demás está decir que el Padre Luis Méndez no sólo fungió como director y párroco. Fue maestro, dictó clases de inglés y de música, fundó y dirigió la incipiente banda compuesta por alumnos de su colegio y organizó el cuerpo de gimnastas. Pero por encima de estos

quehaceres fue, en todo momento, el amigo y consejero prudente de todos, hasta de quienes estaban encumbrados en los poderes públicos. Su celo sacerdotal no se limitó a sus obligaciones específicas; abarcó otras áreas. Atendió "ad honorem" las capellanías del Destacamento de artillería y del Regimiento 24 de Infantería emplazados en el egido urbano. Complementó sus actividades escolares y parroquiales con las transmisiones radiales por la emisora local L. U. 12. Su voz cálida y amable, catapultada por su ardor apostólico, llevó a los habitantes del cono sur del continente mensajes de fe y de optimismo. Más tarde continuará este importante cuanto necesario apostolado a través de las ondas de L.U. 4 de Comodoro Rivadavia y de L.U. 20 de Trelew. Durante un cuarto de siglo sus sabrosas charlas, condimentadas de sano humorismo y de crítica constructiva de cuanto sonara a desorientaciones éticas llegaron a todos los ámbitos sureños.

El P. Luis Méndez no detuvo allí sus inquietudes de celoso pastor de almas. Aprovechó la prensa para la difusión de la verdad. En la Madre Patria, precisamente en Villena, fundó "El Olivo", revista mensual; y en la capital del petróleo argentino dio a publicidad "La Espiga", hoja parroquial de la parroquia "San Pedro Damián", sede más tarde, en 1957, de la flamante catedral del Obispo comodorense. Así como ejerció el arte musical, hizo sus buenas incursiones por el de las musas. Dejó una colección de poesías humorísticas provocadoras de la hilaridad de sus lectores y, al mismo tiempo, portadoras de reflexiones oportunas referentes a las costumbres y hábitos necesarios a la convivencia humana.

En toda ocasión propicia afloraban a sus labios los más diversos refranes y dichos populares hispanos. Con ellos matizaba sus amenas conversaciones y aún aleccionaba a sus oyentes.

Tras 9 años al frente de la Casa de Río Gallegos, el P. Luis Méndez pasó a Río Grande, en Tierra Fueguina. Compartió sus ocupaciones pastorales con las de Miembro de la Comisión de Fomento. En 1947 lo hallamos en Puerto Deseado y al año siguiente, 1948, se hace cargo de las Parroquias de San Pedro Damián de Comodoro Rivadavia y de la de Santa Lucía de la vecina localidad petrolera de General Mosconi, de la cual se desligó más tarde para circunscribir catorce años de sus afanes pastorales a la grey comodorense. Su trabajo fue eficiente bajo todos los conceptos y mereció el reconocimiento de sus feligreses.

Iniciativa suya fue la fundación de la liga de Padres de Familia, a la cual dedicó sus mejores esfuerzos. En 1962, cuando el primer obispo de Chubut, Monseñor Carlos Mariano Pérez de santa memoria, pudo contar con un párroco del clero secular, el P. Luis Méndez fue designado titular de la parroquia María Auxiliadora de Trelew. Cinco años después, a los 75 años de edad, al asomarse los achaques propios de la edad, se retiró a cuarteles de invierno. Dejó en otras manos el quehacer pastoral, pero no permaneció inactivo. Fue el confesor lleno de caridad de Cristo en quien los fieles hallaron al consejero de sus almas. En los últimos años su fuerte complexión fue cediendo ante los embates de varios malestares. Para una mejor atención médica fue trasladado a esta casa de salud donde afrontó piadosamente el paso a la eternidad, dejándonos el claro ejemplo de su fe robusta y de su rectilínea conducta salesiana sacerdotal.

El P. José Luis Méndez cultivó su espíritu con verdadera piedad. Bien sabía, tal como escribe San Agustín: "Así como el cuerpo se nutre con viandas, así el hombre interior se alimenta con la oración". Podemos afirmar que esa "alma de oración" era puntual en celebrar su misa matutina, en hacer la meditación y purificar su conciencia con la confesión semanal. Rezaba todos los días el santo rosario entero. Cuando no pudo rezar más la santa misa a causa de la defeción visual, escuchaba dos y más misas diarias.

Fue hombre de caridad. Comprendió las necesidades de los pobres. El mismo siempre vivió pobre y reconoció que nació y vivió sus primeros años en la pobreza. Sabía lo que era sufrir necesidad. De ahí su prodigalidad con los menesteros. Rehuyó toda ostentación al dar su óbolo a los pobres. Su izquierda ignoró siempre el bien que obraba con la diestra. Si fue generoso con los desheredados del pan material, mayor fue su caridad con las almas extraviadas de la senda del bien y de la verdad. No excluía a nadie de su caridad, ni aún algunos que lo engañaron. Procuró que sus obras caritativas permanecieran en el más absoluto anonimato. Sólo Dios que lee en lo íntimo de los corazones conoce hasta dónde llegó la largueza de su amor al prójimo. Miró "a todos en Cristo y a Cristo en todos", como decía bellamente San Francisco de Sales. Perdonó siempre, aún cuando la aviesa y burda calumnia trató de desgarrar el manto de su honor sacerdotal. No era hombre de odios y rencores. Respondió como Jesús con el silencio, el perdón y la oración por sus detractores.

Su caridad, además de ser generosa, era amable. Daba siempre con alegría. Para él, el dinero adquiría su mayor valor cuando era empleado en hacer el bien. En Comodoro Rivadavia ejerció durante años el modesto oficio de peluquero de los niños huérfanos asilados en la "Casa del Niño". Siempre estuvo pronto para visitar a los enfermos y administrar los últimos auxilios religiosos a los moribundos.

El P. Méndez era por naturaleza y por su cultura cristiana una persona delicada en el trato, muy sociable y de carácter afable. Saludaba a todos, dentro y fuera de casa, a grandes y chicos, a pobres y ricos, sin hacer distinciones. La franca sonrisa y la buena palabra afloraban a sus labios en todo momento, como signo inequívoco de su aprecio y estima por sus semejantes. Jamás deseó el mal a nadie, disculpó siempre, perdonó y olvidó todo lo que fuera desprecio, ofensa u olvido hacia su persona. Tenía predilección por los niños. Los entretenía en los recreos con acertijos y juegos de prestidigitación y, a veces, con cantos o con versos que inventaba en el acto para solaz de sus pequeños.

Mientras pedimos a los Hermanos la generosa oblación de sufragios para que su alma sea recibida en las mansiones eternas que Dios Padre bondadoso tiene preparadas para sus siervos fieles, agradeceremos una oración para esta Casa y para los Hermanos que van ofrendando al Señor, día tras día, el sacrificio de sus dolores por los que trabajan como buenos operarios en la viña del "Divino Viñatero", Jesús.

La Comunidad de la Casa Inspectorial

Bahía Blanca, 16 de septiembre de 1985